

REVISTA

Del estudiante para el estudiante

• Número 1 • Primer semestre 2024

PISO 5



Coordinadores editoriales
Jonathan López Perdomo
Sofía Avendaño

Producción editorial
abediciones de la
Universidad Católica
Andrés Bello
Caracas-Venezuela

Corrección de textos
Meryi Isabel Barreto

Diseño Gráfico
Isabel Valdivieso

Generación
de imágenes en IA
Sofía Avendaño

Colaboradores
Eliannys Piñero
Camila Guillén
Elías Chacín
Majo Colmenárez
Claudia Silva
Juan M. Fuentes Salonia
Marialejandra Díaz Vásquez
Victoria Velutini

Visite nuestra
página en la WEB
[https://
abediciones.ucab.edu.ve/](https://abediciones.ucab.edu.ve/)



ÍNDICE

EN EL PISO 5	
Jonathan López Perdomo	3
TE LO CUENTO	
HAMBRE vs. MINECRAFT	
¿Puedo usar los videojuegos para huir de mí mismo? Eliannys Piñero	4
El milagro de Amelia Camila Guillén	9
Mar Muerto Elías Chacín	11
Susurros en el jardín de los recuerdos Majo Colmenárez.....	17
ENSAYO	
Sobre el reduccionismo del 'solo soy una chica' Claudia Silva	21
GRAPHO	
El Gusano Metálico Juan Manuel Fuentes Salonia	27
RESEÑALO	
<i>Bridgerton</i> : una oportunidad de viajar a un pasado distinto sin cambiar la historia Marialejandra Díaz Vásquez	35
<i>The Banshees of Inisherin</i> : una reseña... honesta Victoria Velutini	39

PISO EN EL 5



**Jonathan
López Perdomo**

En las penumbras del alma humana, donde la luz se difumina y la esperanza parece extinguirse, reside la desgarradora realidad de la tristeza. Un sentimiento profundo y complejo que, en sus formas más severas, puede conducir al abismo del suicidio, un acto final que deja un vacío inabarcable en quienes quedan atrás.

La vida, en su intrincada trama, nos presenta desafíos y obstáculos que pueden abrumarnos, nublando nuestro juicio y haciéndonos perder de vista la belleza que aún reside en el mundo. La pérdida de un ser querido, el fracaso, la soledad, las enfermedades crónicas, son solo algunos ejemplos de las batallas que muchos libran en silencio.

Sin embargo, es crucial recordar que la oscuridad no es eterna. Que por más densa que parezca la niebla, siempre existe un rayo de sol que lucha por abrirse paso.

Es en esos momentos de fragilidad cuando más necesitamos tender puentes de apoyo y comprensión. La empatía, la escucha activa y la solidaridad son pilares fundamentales para abrirse camino hacia nuevas formas de ver la vida.

Los trabajos que aquí se presentan son evidencia viva de lo que transitan los jóvenes en la Venezuela del siglo XXI, sus necesidades y preocupaciones. Sin embargo, más allá de eso vemos una “flor en el abismo”.



¿Puedo usar los videojuegos para huir de mí mismo?

Estaba jugando Minecraft cuando vi la hora: 3:53 a. m. No había dormido nada, pero tampoco quería. Eric estaba diciendo algo sobre la hamburguesa que había cenado y, ¡agh!, tenía hambre, mucha, pero la mina era muy buena y no quería perderme de nada. De todas formas, no había algo en la nevera que me llamara la atención, no había hecho compras recientemente y lo que había tendría que cocinarlo, lo que era aún más fastidioso que dejar de jugar.

—Creo que comeré ahí más seguido, el queso de la hamburguesa era muy bueno.

Igual, ¿por qué hay que comer?, ¿no podíamos ser simplemente autosuficientes? No tendría este fastidio de tener que levantarme a hurgar en la nevera, ni de pensar qué ingredientes mezclar para obtener una comida decente. No tendría que dejar de distraerme, no tendría que quedarme mirando la sartén para evitar que

la comida se pase de cocción. No tendría que exponerme a mis pensamientos más allá de los juegos, ni a mis dudas, ni a nada, podría estar todo el día jugando sin que nada interrumpiera.

—Por aquí hay hierro y... ¡ENCONTRÉ DIAMANTES! Ah, pero solo dos.

—Espera, Eric, ¿dónde estás? No te veo.

—Aguanta, me voy a regresar.

No debía estar muy lejos, lo acababa de ver. Seguí picando el carbón que acababa de encontrar cuando mi estómago rugió. De nuevo: hambre. Ni siquiera tenía muchas opciones, tarde o temprano tendría que levantarme y hacerlo, enfrentar el hecho de que tengo que satisfacer mis necesidades físicas, incluso si eso me resultaba innecesario. No tenía opciones para comer, ni de qué otra cosa hacer aparte de matar al *zombie* que acababa de aparecer, ni de qué estudiar, ni a dónde ir para alejarme de mí mismo, ni de nada. No tenía opciones.

Pero eso es lo que las personas no entienden, suelen asumir que lo resolveré en algún momento, pero... ¿qué pasa si lo que me deja sin opciones es mi mente? ¿Cómo se supone que enfrente eso? La vida era, es y lo más seguro es que seguirá siendo, complicada. Hay cosas que hacer, pero yo no quiero hacer nada.

Hay responsabilidades que cumplir, pero yo no las pedí.

Hay pensamientos, pero yo no los puedo controlar. ¿Qué sentido tiene seguir viviendo en esta porquería de cuarto? ¿Por qué tengo que aguantar tener que salir e interactuar con personas que no me importan? ¿Por qué no puedo simplemente irme a la nada? Pero eso también me da miedo: la nada.

La nada que se parece a la parte oscura de esta mina, la nada a la que se va ese *creeper* que está explotando. La nada de la que vienen los *zombies* que aparecen a mi espalda. ¿Puedo odiar, temer y desear la nada al mismo tiempo?

—Eric, ¿en dónde estás?! Están apareciendo muchos *mobs*, ¡apúrate!





Eric respondió que dejara de exagerar y que lo esperara, pero él no podía ver todos los *mobs* que aparecían, tenía que salir de ahí. Había más luz en la cueva, pensaba que había encontrado una abertura, pero era lava. Es chistoso porque me emocionó pensar que había una salida, y solo era una ilusión. Quizá la psicóloga diría que reflejo inconscientemente mi vida en el juego, y tal vez tendría razón. Quizá lo sabría si hubiera asistido a las citas o si hubiera respondido sus mensajes. Daba igual, ella tampoco me importaba, y sé que yo no le importaba a ella. Era como mi relación con esta araña, ambos con sus propios intereses, tratando de analizar al otro para ver cómo reaccionar. Supongo que esas decisiones son las que importan, decisiones como vivir solo, como jugar Minecraft, como negociar con el aldeano del pueblo de hielo, como bajarle el volumen al juego, como dejar de hablar con la psicóloga, como levantarme a cocinar algo. Decisiones, todas estúpidas porque no cambian nada, porque sigo igual, porque seguiré

madrugando, porque seguiré evitándome a mí mismo aunque parezca imposible. Decisiones, ya estaba harto de ellas.

Ya no me quedaba espacio en el inventario, necesitaba volver al refugio para guardar todo lo que había encontrado. No sería un camino fácil pero quizás lo lograría, si no es que todos los monstruos me mataban primero.

—Eric, me voy de la mina.

Eric dijo algo sobre esperarlo, pero yo ya estaba de regreso, siguiendo la línea de antorchas, todas al lado izquierdo de la cueva, todas hacia la escalera que había hecho, todas a 8 bloques de distancia. Un orden placentero. De alguna forma me servía de consuelo pensar que, si no tenía orden en mi cuarto (o en mi vida), al menos lo tendría en mi versión de Minecraft. Ahí era más sencillo, tenía toda una vida en el juego, podía volar si quería, podía ganarle a los *creepers* y *zombies*, podía pescar, sembrar, cosechar... lograr cosas. Incluso cocinar era más fácil.

— ¿Te vas a desconectar?

—No sé todavía, primero quiero guardar mis cosas y después veo.

Ya estaba cerca de la escalera, ya no había tantos monstruos, solo los fastidiosos *slimes* gigantes. Tenía tiempo así que decidí matarlos, solo por diversión, un último logro antes de subir al refugio improvisado. Lo estaba haciendo cuando empecé a perder vidas: de la nada habían aparecido *zombies*, arañas, esqueletos, *creepers*. Todos los desgraciados que tenía el juego, todos de la estúpida nada. Traté de comer porque ya estaba a punto de morir, pero no fui lo suficientemente rápido. Así que allí estaba mi pequeña versión, junto a la cama, en el refugio con piso de madera, junto a los cofres, junto al horno que hice antes de salir a la mina.

—Olvídalo, me voy a desconectar, regresaré después de comer algo.

No quise pensar en todas las cosas que había perdido, pero fue inevitable: diamantes, esmeraldas, oro, hierro, carbón... De nuevo, había perdido, había perdido muchas cosas en el único lugar en que sentía que no podía perder nada.

Mi estómago volvió a sonar. Me giré para ver mi cama desordenada, dos de mis tres almohadas estaban en el piso junto a los zapatos y medias regadas. Giré hacia la puerta, estaba abierta, las luces de afuera apagadas, la sala no se podía ver, estaba tan oscura como la mina, tan oscura como la nada de la que salieron el montón de *creepers* y *zombies* y todas las porquerías que al juego se le pudo ocurrir.

Ya qué más daba, tenía mucha hambre y tarde o temprano tendría que salir de ahí. Así que me levanté, fui a la cocina, amasé la harina, formé una bola, la aplasté, encendí la cocina, coloqué la sartén, monté la arepa y me quedé esperando como un mismo idiota a que la arepa se cocinara sin que se pasara de cocción.

El milagro de Amelia

Milagros supo que Amelia crecía entre sus entrañas a los cuarenta años. La culpa y la incertidumbre la carcomían. Aunque ya había criado a dos hijos, "exitosamente", tenía un miedo terrible. No quería empezar de nuevo, la maternidad nunca había sido lo suyo. Su amor frío y rígido había forjado a una médico cirujano llena de inseguridades y a un ingeniero en computación con muchos resentimientos en su corazón. Milagros estaba orgullosa del éxito profesional de sus hijos mayores. Sin embargo, le daba vergüenza la sensibilidad que habitaba en sus almas.

Los temores de Milagros, con respecto a su embarazo, no eran causa de una mera paranoia. Algo atroz se avecinaba, ella lo presentía. El parto fue largo y extremadamente doloroso, a diferencia de los anteriores, cuando por fin Amelia abandonó el

cuerpo de su madre lloró con fuerza por más de media hora. Ese día, Milagros se dio una incómoda ducha fría en el inhóspito baño de la clínica, mientras que escuchaba de fondo como la enfermera trataba de calmar a su hija.

Al llegar a casa, Milagros se dispuso a ponerle un lindo pijama a su bebé y acto seguido la acostó en su cuna. A partir de ese momento, Amelia no paró de llorar hasta el día siguiente, su llanto no cesó, ni siquiera cuando su padre se levantó en la madrugada para propinarle unas fuertes nalgadas. Milagros no creía lo que veía, dos fuertes golpes bastaban para callar a sus hermanos mayores. Era como si la pequeña criatura le reclamara algo.

Amelia, durante su niñez, se caracterizó por ser una niña caprichosa y sensible, a la que le encantaba meterse en problemas. Nunca estuvo ni cerca de

Camila Guillén

estar en el cuadro de honor del colegio, tampoco era muy popular, siempre se peleaba en los recreos y perdía todos sus colores nuevos el primer día de clases. Milagros la regañaba fuertemente cada vez que podía, pero a la niña parecía no importarle. A veces, sus hermanos jugaban con ella, pero la verdad era que pasaban más tiempo intentando ser adultos. Su padre solo aparecía en su vida cuando sentía algo parecido al remordimiento.

En su adolescencia, Amelia, era una chica precoz e intelectual. Leía lo que se le atravesara y, al mismo tiempo, quería experimentar todo lo posible a los diecisiete años. No era muy buena guardando secretos, por lo que su madre siempre descubría sus travesuras. Milagros le gritaba con toda la fuerza que tenía y le pegaba con un palo de escoba, la chica se retorció y le gritaba de vuelta a la señora. Para este punto, el gran apartamento familiar solo era habitado por la adolescente y su cincuentona madre.

Cuando Amelia entró a la universidad para estudiar Arte, descubrió un mundo nuevo de posibilidades. Por primera vez, se encontró con personas con las que se identificaba y hacían que se amara a sí misma. Milagros no toleraba estar aburrída en su hogar, pero lo que más desagradó le daba era el cambio positivo y continuo que se presentaba en su hija menor. Amelia era una estudiante que recibía, constantemente, reconocimientos por sus logros. Además, también se dedicaba a ayudar a otros. Sin embargo, esto no llenaba las expectativas de su madre, quien le decía sin tapujos que se había equivocado de carrera y que sus hermanos, al contrario de ella, en su juventud destinaron su atención a cosas verdaderamente importantes.

Milagros nunca entendió por qué no era capaz de brindar un amor sano o por qué la forma de ser de su hija la acomplejaba tanto. Tampoco le interesaba conocer las respuestas a dichas preguntas. Nunca volvió a ver a sus hijos mayores, ella no lloraba ante tal suceso. Más bien, sonreía orgullosa, porque seguro estaban muy ocupados con sus trabajos.

Con el pasar de los años, Amelia pudo haber inundado el mundo con sus lágrimas que brotaban cada vez que recordaba a aquellos que debieron amarla y cuidarla desde el primer momento, pero que, al contrario, jamás lo hicieron. O, quizás, se trataba de una forma muy extraña de amar. Ella jamás preguntó, ni quiso que le explicaran.

Con el pasar de los años, Amelia, tuvo que creer en sí misma. De esta forma, logró cada cosa que se proponía y, con el tiempo, encontró un amor puro y cálido, parecido a un atardecer de verano. Si bien es cierto que al principio no sabía recibir caricias, luego les fue dando cabida en su espíritu lleno de cicatrices.

Con el pasar de los años, Milagros se marchitaba. Volvió a donde comenzó y actuaba como una niña pequeña. En su pecho descansaban los celos y la furia que sentía por su hija menor. No entendía cómo es que eran tan iguales y tan diferentes al mismo tiempo.

Con el pasar de los años, el corazón de Milagros se ablandó un poquito y, a veces, se dejaba limpiar el alma.

Con el pasar de los años, Amelia perdonó a quien le concedió la vida y se quedó con ella...

Con el pasar de los años, Amelia le brindó a Milagros lo que a ella le faltó durante toda su vida.

MAR MUERTO

Elías Chacín

El mar, lomos de titanes, una masa de agua viviente que toma la forma de diversas bestias para conformar el mundo. Puedo ver la cabeza de Naderr, una de ellas, yendo de arriba abajo mientras surca el vacío de nubes. Las corrientes surcan su cuerpo acuoso, renovando las aguas, rebosantes de espuma salada y radiantes como zafiro... excepto cuando llueve, en ese momento el mar envejece y

muere, tornándose gris. Aun habiendo navegado por tantos años, surcando cada rincón de los titanes, y encontrándome con estudiosos que no se cansan de explicármelo, no entiendo como criaturas tan majestuosas, indiferentes a la voluntad de cualquier mortal, pueden llegar a perder su color, reflejo de su vitalidad. Puede que la razón sea que así lo quieren los dioses, y solo eso.

Mientras reflexionaba, dirigí la mano con pereza a una mesa a mi derecha, llevándome la botella entera a la boca. El alcohol me revolvió los sesos, trayendo de nuevo las memorias ya gastadas, carentes de cualquier emoción.

De joven siempre me pareció tener un hueco por dentro. La vida en el pueblo no lograba satisfacerme, por lo que me la pasaba ausente, imaginando lo que habría más allá de la villa. Mi padre, impulsándome a trabajar y a dejar de ser un “maldito vago”, me gritaba a todas horas, lo cual solo aumentaba mi hastío por la rutina eterna de desenredar redes, salar pescados y atender alcúmulo de señoras que venían al mercado cada mañana sin falta. Un día me cansé; abandoné al amargado de mi padre, tomé una lanza del almacén, y me hice llamar mercenario. Formé una compañía con algunos chicos que, como yo, soñaban con fama y oro. Al principio, la gente del pueblo no nos tomó en serio; pero aceptábamos cada trabajo sin vacilar, y cumplíamos lo que nos pedían sin importar lo difícil que fuese. Así nos granjeamos, de a poco, una reputación.

Ese renombre creciente alcanzó su culmen cuando un rey, que gobernaba sobre un titán vecino, nos contrató para realizar un exterminio. En un pueblo ubicado en una pequeña isla de la cola del titán, un grupo de gigantes empezó a saquear casas y raptar chicas, haciendo que los habitantes reclamaran ayuda a la casa real. Cuando nuestro barco tocó la costa, nos encontramos a las criaturas, relamiéndose los labios después de un festín

repugnante que dejó cadáveres y escombros a sus pies. Solo quedaba una de las muchachas, atada por las muñecas al tronco de un cedro, su piel cubierta por patrones sangrientos y adornada por brazaletes que representaban a un dios profano. Los ojos de la pobre estaban hinchados de tanto llorar. Solo imaginar el dolor a la que la debían de haber sometido despertaba la ira que empezaba a subir por mis entrañas. Golpes agudos de aceros resonaron por las ruinas del pueblo. Los gigantes tenían la fuerza y aguante de tres hombres juntos, pero tras una larga lucha, una acometida de lanza puso fin a la tragedia. Les arrancamos los dientes, que poseían el tamaño de un puño, y se los entregamos al rey como prueba de la hazaña. Pronto vino el oro y la fama quedeseábamos, y tentaba nuestros corazones pasionales, de forma aún más hábil del que la cerveza podía, nos hacían sentir que la vida por fin significaba algo, que el transcurrir monótono de unos pescadores no era todo lo que había en el mundo; sin embargo, seguíamos huecos por dentro, la gloria era una ilusión, una gran mentira inventada por nosotros mismos, de ello me di cuenta cuando ella murió...

El agua de pronto se removió, trayéndome de vuelta a la realidad. Las olas azotaron a mi barco producto de un giro súbito de Naderr, el titán por cuya espalda flotaba. La pequeña embarcación, pues en ella solo cabía una docena de hombres, se agitó soportando el embate. Me di cuenta de cuál era la causa, en la lejanía se asomaba el cuerpo chato de Calik, desgarrando nubes a su paso por el vasto cielo. Su trayectoria... se acercaba demasiado a Naderr... Los titanes tienen un instinto dentro de sí, nunca se acercan a sus compañeros. En contadas ocasiones ocurrió, y grandes tragedias que se conocen como colisiones, sobrevinieron: dos titanes se ven atraídos entre sí de forma inexplicable y fusionan sus aguas, provocando que toda la vida

que rodea las islas en torno a sus cuerpos sea ahogado en el caos.

Me levanté de la silla tomando el telescopio en la mesa. Era cerca del anochecer, pero no vi ningún faro encendido en la ciudad del caparazón, ¿habrán huido? ¿Puede que de verdad estemos en el principio de una colisión?

Dejé salir un suspiro. Estoy paranoico, no pasará nada, y aunque el mundo se caiga ¿qué más puedo perder?

Volví a la silla, dejándome consumir por la apatía. Devolví el telescopio a la mesa, extendiendo el brazo con hastío hasta la botella de vino, pero mis dedos resbalaron del vidrio y la dejaron caer, haciendo que el líquido escurriera por los tablones. Sin bebida con que calmar la desazón, me quedé viendo las olas mientras quebraban contra las rocas esparcidas por el agua, preguntándome: “¿por qué todo tuvo que cambiar?”.

Antes surcaba estos mares con mi esposa, la chica a la que salvé de los gigantes y de la cual me encapriché. Fue un gozo tenerla conmigo; ella era excesivamente amable para lo que merecía un hombre como yo. Siempre a mi lado, como mi

mejor consejera; la luz entre la oscuridad que se apoderaba de mí. Por eso mismo le terminé insistiendo en que nos separáramos, que podía volver a su pueblo si así lo deseaba. Temía por su seguridad y lo que podía ocurrirle estando en un barco lleno de mercenarios, que iban al peligro día a día en busca de una emoción momentánea, aunque esto les costara la vida; pero ella respondió que, sin ella, yo estaría muerto en menos de un día, perdido en las aguas o comido por una criatura. Ella servía para mantenerme vivo; resultó ser verdad en la peor manera posible. Murió por mi culpa, y ahora que no está, lo único que queda de mí es un cuerpo sin alma.

El retumbar de un trueno me hizo abrir los ojos. Encontré que la escena había cambiado, lo que se sintió como pocos segundos entre la oscuridad de mis párpados se convirtió en horas tras un sueño involuntario. Las estrellas en el firmamento luchaban por no apagarse, con las nubes robándole su brillo y las centellas compitiendo. Los titanes emitían chillidos de dolor al entrelazarse el agua que componía parte de sus cuerpos, envolviendo

todo en un caótico remolino de espuma, basalto y roca silíceas.

El pánico se apoderó de mí, como si los fantasmas de lo profundo se me hubieran echado al cuello para asfixiarme. Salté de mi silla, levanté el ancla, icé las velas y grité instrucciones a hombres que ya no estaban allí. Abrí la puerta del despacho de un golpe. Agarré un papel arrugado entre la mesa, llena de cachivaches y botellas vacías. Según lo que recordaba de antes de caer víctima de mis ensoñaciones, antes de la colisión, podía verse a varios kilómetros del barco el arenal de las vértebras: pequeña isla con un templo en su centro y que, al igual que todo poblado humano, debía estar libre de ser despedazado por el oleaje gracias a la bendición de la diosa.

¿Podría llegar allí? ¿El barco aguantaría la travesía siquiera? Me cuestionaba, a la vez

que me esforzaba por ignorar la respiración entrecortada y los sudorones. Al final, decidí arriesgarme. Corrí hacia el timón y lo dirigí con mis manos temblorosas, esquivando la piedra filosa de camino al arenal, lo cual probó ser más dificultoso de lo que creí gracias al viento caótico que parecía ser espoleado por los demonios.

Ya podía verse con claridad, ~~no un punto esperanzador en la distancia,~~ sino una construcción de ladrillo alzándose vigorosa. Sobre ella, un orbe de luz que bañaba todo de dorado, desde la costa hasta el hueso rocoso de donde surgía, manteniéndola inamovible. Estimaba que faltaba un kilómetro o menos. Era cosa de aguantar. Pero el tiempo se mostraba cada vez peor, y la nave no estaba diseñada para sobrevivir a un evento de esta magnitud.

Tenía miedo, terror de las nubes oscuras, de ahogarme en el océano embravecido. Quería vivir;

aunque eso me sorprendía. ¿Qué valor podría haber en la vida de un hombre con tantos arrepentimientos? ¿Uno que se ha equivocado tanto?, ¿que ha perdido tanto? Pero en mi interior se removía una pequeña llama en protesta, una que yo creía extinta desde hace mucho, una pasión por vivir que no se adecuaba a un cascarón vacío como yo. Continué, aun sin saber bien porqué.

800 metros más.

La lluvia arreció, por lo que tuve que cubrirme la cabeza con el chaleco y pegarme al timón para protegerme de las gotas gruesas e inmisericordes. Siempre la vista en la isla.

700 metros.

Pensé que la nave se volcaría por el fuerte oleaje o se abriría un hoyo por los muchos obstáculos, como traicioneros cuchillos serpenteando en la marejada; sin embargo, nada pasó. Se lo agradecí a cada dios, ángel y ente benévolo que cruzó por mi mente.

600 metros.

He tenido suerte, mucha suerte. Puede que lo logre. Sí, lo lograré, tengo fe.

500 metros.

Un poco más... Por favor...

Santísima, te lo pido.

400 metros.

La luz me envolvió. Una corriente violenta recorrió la ruta desde mi cráneo hasta la punta de los pies, privándome del sentir. Cuando volvió la consciencia, yo estaba bajo el agua, los restos del barco flotando sobre mi cuerpo, señalando la derrota. Fui sometido a una serie constante de empujones, llevándome de un lado a otro como una muñeca de trapo, golpeándome con granito yvigas

de roble, rompiendo cada parte de mí, pieza por pieza, hasta que ya no pudiera nadar para tratar de salvarme. Cuando la tortura se terminó y se hizo el silencio, quien sabe después de cuanto tiempo, allí moribundo, me llegó ese mensaje de los cielos que, se rumorea, le es susurrado al oído a los condenados, un amargo, tardío, entendimiento. Debajo del mar podía notarlo, el color de las aguas era un hermoso azul verdoso; lo único gris era el cielo. El mar no había perdido color, siempre lo tuvo, solo parecía morir porque reflejaba el color de las nubes. No se dio cuenta de sus tonos hasta que todo a su alrededor se volvió opaco.

Mis lágrimas se unieron con el agua, ahogándose hasta ser indistinguibles una de la otra, igual que la calma y la desesperación al estar ante las fauces de la muerte. En ese estado en que estaba mi ánimo, pasaron en sucesión por mi mente todo lo que hice, todo lo que fui. Tal vez pude haber tomado otro rumbo, haber apreciado lo que tenía en mi vida, tal vez no, pero al menos puedo aceptar lo que terminó siendo, eso es lo único que un mortal como yo puede hacer en contra del destino.

Cerré los ojos, y me alejé del colorido y de la luz. Me reuniré con ella, aquella que se tragó el mar hace años. Estaremos ambos aquí, descansando, en el mar muerto.



Susurros en el jardín de los recuerdos

Me encuentro aquí, en este lugar tan extraño y a la vez tan apacible. ¿Es así la vida después de una pérdida? Vivo anhelando reemplazar antiguos recuerdos con nuevas experiencias, pero ahora solo me consuelo con los últimos momentos que, de vez en cuando, decido recordar con nostalgia. El simple hecho de pensar en ti me conmueve hasta las lágrimas y sacude mi mundo al punto de no poder respirar.

«¿En dónde estás?», me pregunto cada día con el corazón palpitante. «¿Estás bien?». Una vez más lo considero, pero decido ignorar lo que te rodea, porque mientras más te tengo en mente, más me duele el ya no tenerte. Acostumbrarme a no contactarte es algo que no logro asimilar, y me llena de una profunda desolación.

A veces me gustaría escribirte más seguido, pero suelo poner por encima mis responsabilidades antes que mis sentimientos... Detesto eso... Me gustaría que esta nueva versión de mí incluyera esta nueva versión de ti, que ha dejado una huella imborrable en mi corazón. ¿Estarías mejor con eso?, ¿descansarías, verdad?, ¿o yo descansaría de la pesada carga que me oprime cada día?

Todos estos meses han sido un proceso que expreso a través de chistes y una sonrisa falsa, que no refleja en absoluto lo que siento. Me ahogo en un mar de emociones contradictorias.

¿Tienes nuevas canciones?, ¿tienes nuevos poemas? Me gustaría saber lo que piensas... Como esas noches en la que solías alentar-

nos con tu entusiasmo contagioso. Cada vez que lo recuerdo, una oleada de calidez recorre mi cuerpo y me hace sentir menos sola. Fuiste un gran apoyo para mí... Eras un extraño, pero dijiste más que aquellos que ya conocía hace mucho.

A este silencioso corazón lo guiaste por un camino que no había visto, y sin previo aviso, cambiaste su manera de verlo todo. De un momento a otro, la vida comenzó a ser vida de verdad. La música volvió a ser música. Las mariposas nos rodeaban y la luna brillaba más que nunca... Pero el silencio volvió cuando te fuiste sin esperarlo, y me tocó acostumbrarme a ver con nostalgia todo lo bello que me enseñaste.

¿Por qué el destino chocó contra aquello que nos costó tanto construir? Por mucho que no quisiera, tuve que decirle adiós a la persona que más amé, con un dolor que desgarraba mi alma. ¿Cómo podía ocurrir eso?, ¿era posible hacerlo tan rápido?, ¿el tiempo tenía que ser tan cruel y hacerme avanzar cuando no era lo que quería? Quisiera que mi «yo» del futuro apareciera para hacerme saber que seguí viviendo en este mundo en el que ya no estás, sin tu luz iluminando mis días...

Ahora soy ese «yo» del futuro... Inesperadamente el miedo a la incertidumbre se convirtió en mi motivación al saber que estás allí, como un hermoso paisaje que adorna el cielo, especialmente en las noches. Poco a poco te encontré en esos hermosos dientes de león, en esas espectaculares mariposas y, por supuesto, en ese universo infinito que me recordará a ti y al resto de las estrellas que me iluminaron.

Con el tiempo, me di cuenta de que estaba soñando despierta con lo que quedaba de ti... Pero la cruda realidad que no quería admitir estaba siempre allí, golpeándome con rudeza. El sol se convirtió en un castigo que quemaba mi alma y la lluvia se convirtió en una maldición que inundaba todo dentro de mí. No puedo negar la tristeza que me embarga como un manto de dolor, pero tampoco puedo dejarla seguir consumiéndome. Quiero avanzar... Lo siento...

Gracias por escuchar mis susurros en el jardín de los recuerdos. Siempre te llevaré en mi corazón, como una llama eterna que nunca se apagará.

Sobre el reduccionismo del 'solo soy una chica'

Como casi toda mi generación, paso más tiempo en Internet del que debería. Gracias a las cientos de horas que se me han deslizado entre los dedos con un movimiento repetitivo del pulgar, he aprendido a entender las jergas que se manejan en línea y, con ello, puedo entrever los discursos que allí se esconden.

Una de las elocuencias que más me ha cautivado es la de “solo soy una chica”, un chiste de nicho que surgió e hizo metástasis en todas las redes sociales, por lo menos en los algoritmos de las mujeres de mi edad. La frase, sencilla y reconfortante, empezó a ser usada para expresar angustias y frustraciones de la vida diaria. Me he encontrado con expresiones que van por la línea de “estoy llorando porque estoy muy cansada y solo soy una chica” y “no me critiquen por quedarme en una mala relación, solo soy una chica”. A veces solo se emplea para justificar gustos: “solo soy una chica que escucha demasiado a Taylor Swift”, pero eventualmente pasó a justificar actitudes reprochables, como “soy muy dramática, pero solo soy una chica”.

Eventualmente, el discurso dejó de ser reconfortante para empezar a ser reductivo y simplista: con el riesgo de sonar un poco alarmista, quiero señalar que desde la premisa base de esta tendencia se asume que las mujeres y los hombres entienden el mundo de una manera fundamentalmente diferente y que, para las mujeres, hay una justificación que nos exime de ciertas consecuencias: la feminidad en sí.

El auge de esta corriente llegó agarrada de la mano con otra pseudo-teoría: la matemática femenina o “girl math”. Según CNN (2023), “la tendencia presenta a mujeres intercambiando bromas sobre los cálculos internos que hacen para explicar su comportamiento tonto, pero a veces no tan tonto. Es menos «matemática» y más, digamos, una lógica femenina interna, a menudo opaca pero siempre divertida”.

Dentro de esta práctica se incluyen estrategias financieras poco conscientes, como gastar mucho más dinero del que se tenía previsto para obtener el envío gratis. Esto me regresa al punto que establecí unos párrafos atrás, ¿se está usando a la feminidad como justificación ante irresponsabilidades?



Mientras más indagaba, más me intrigaba la evolución de la percepción femenina en Internet y como esta se representa a sí misma. Hace diez años reinaba una premisa totalmente opuesta: “no soy como las otras chicas”. Dicho discurso, teñido con tintes de superioridad moral, separaba a ciertas mujeres del resto. Celebraba el rechazo a las prácticas tradicionalmente femeninas como el maquillaje y la moda mientras se exaltaba la lectura y la ropa holgada, como si fuesen mutuamente excluyentes. El “no soy como las otras” tiene claras tendencias misóginas y fue erradicado con la llegada de la “chica jefe” o “girlboss”, hija de la cultura yuppie que permeaba en los jóvenes clase media que se insertaron en el mundo laboral en la década de los 80 del siglo XX. Estos jóvenes estaban sedientos tanto de éxito financiero como de salud y belleza física. Teixeira de Carvalho (1990) describe a los yuppies de la siguiente manera:

En la década de los 80 surge una nueva generación. Traen en su imagen, desde el corte de cabello, el portafolios de cuero, hasta la gesti-

culación, la mentalidad del lucro. En los códigos no verbales se lee la búsqueda del suceso y al contrario de los «hippies», que cuestionaban a la sociedad del «lado de afuera», estos se insertan en el orden social. Están en las academias de gimnasia explorando la estética de la fuerza, de la belleza y de la salud. Esta coyuntura impulsó el «boom» de los templos de la estética.

Retomando el hilo anterior, la tendencia “girlboss” -en su capa más superficial- intenta empoderar a las mujeres a ser líderes, no a pesar de su feminidad, sino a causa de ella. El término nace del libro #Girlboss de Sophia Amoruso, la fundadora de la marca de ropa Nasty Gal. Pero las “girlbosses” tienen un trasfondo mucho más lóbrego, pues este término fue asociado rápidamente con la cultura laboral sobreexplotadora, el llamado “feminismo blanco” e incluso esquemas piramidales. Mastrangelo (2021) tiene una visión particular de este fenómeno:

Defino el feminismo girlboss como formaciones emergentes y mediadas de feminismo neoliberal que equiparan el empoderamiento feminista con el éxito financiero (...). El feminismo girlboss aprovecha los espacios digitales para difundir lógicas feministas neoliberales a través de retórica, estética y actitudes que resuenan en audiencias millennials y de la Generación Z. Los esquemas de marketing multinivel actúan como un sitio mediado clave (...).

Así llegamos al día de hoy. Las “girlbosses” parecen haber saturado el Internet con sus tácticas invasivas. Como toda acción causa reacción, la tendencia siguiente rechaza todo lo que las “girlbosses” defienden y pasa a reinar la sed por el ocio: no quiero hacer nada porque *solo soy una chica*.

Resalto el hecho de que, en estos términos de Internet, se usa chica y no mujer -y no precisa-

mente porque las personas que usan la jerga sean todas adolescentes-. También es común ver en redes sociales la auto-infantilización como una manera de aligerar las responsabilidades de la vida adulta; es fácil encontrarse posts de mujeres que se autodenominan “adolescentes de 26 años”.

¿Este cambio radical de filosofía -que fue desde el ansia imparable por éxito financiero hasta la aparente infravaloración de uno mismo- tendrá que ver con los estragos de la pandemia y con la recesión económica que esta trajo consigo? ¿La auto-infantilización estará relacionada con las dificultades generales para conseguir trabajo e independizarse de los padres? ¿Es “solo soy una chica” un mecanismo de defensa ante expectativas que una generación entera no puede y no quiere cumplir? Me gusta ver este discurso como una reapropiación de una muy errada percepción, la inherente ignorancia femenina: si me crees incapaz, entonces me adueño de ello. Hazlo por mí, que solo soy una chica.



ENSAYO

En la canción *Just a girl* de No Doubt se esconden líneas que encapsulan el debate: “solo soy una chica en el mundo, eso es todo lo que me dejas ser (...). Solo soy una chica, ¿cuál es mi destino? A lo que he sucumbido me está volviendo tonta”. Esta canción se ha consolidado como el himno de esta corriente.

Entonces, lo que inició como un chiste pasó de ser una excusa de imprudencias a un mecanismo de defensa y resistencia, incluso rebeldía. ¿Qué vendrá después de esta corriente de pensamiento? ¿Es una tendencia que se irá tan rápido como llegó o dejará secuelas? Me gustaría tener las respuestas, pero qué sé yo, si aparentemente solo soy una chica.

Bibliografía

Willingham, A.J. (7 de octubre del 2023). ‘Girl math’ was a fun social media joke. Then it got complicated. *CNN*. Recuperado de <https://edition.cnn.com/2023/10/07/us/girl-math-boy-social-media-ec/index.html>

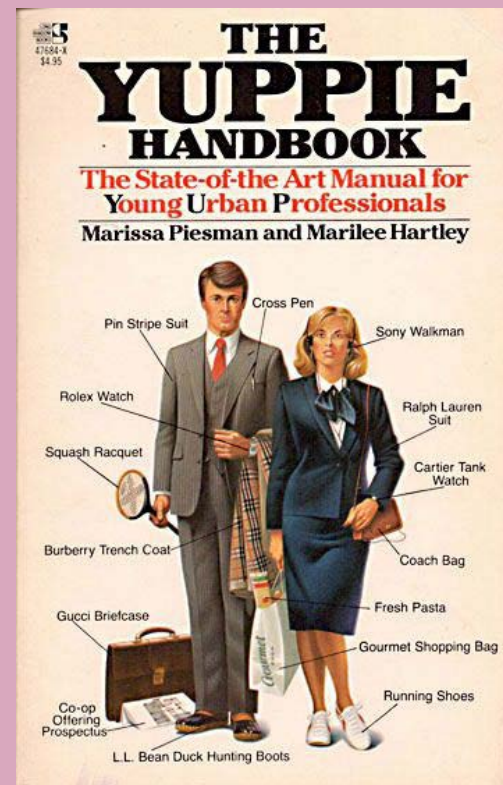
Torres, Y. (11 de octubre del 2023). Girl Math, la tendencia en redes que puede ser un arma de doble filo. *El Economista*. Recuperado de <https://www.economista.com.mx/finanzaspersonales/Girl-Math-la-tendencia-en-redes-que-puede-ser-un-arma-de-doble-filo-20231011-0098.html>

No Doubt (1995). *Just A Girl* [Canción]. *Tragic Kingdom*. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=PHzOOQfhPFg>

Theresa J. (12 de noviembre del 2020). “i’m not like the other girls” [Video]. YouTube. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=Ngz0D1J8Zb0&t=1514s>

Teixeira de Carvalho, T. (1990). Hippie de ayer, Yuppie de hoy. *Disciplinamiento sexual y canon corporal. Nueva Sociedad*. Recuperado de https://static.nuso.org/media/articles/downloads/1925_1.pdf

Mastrangelo, F. (2021). Theorizing #Girlboss Culture: Mediated Neoliberal Feminisms from Influencers to Multi-level Marketing Schemes. *Virginia Commonwealth University*. Recuperado de <https://scholarscompass.vcu.edu/cgi/viewcontent.cgi?article=7768&context=etd>





El Gusano Metálico

El verdadero proceso de pasteurización es entrar en un vagón sin aire acondicionado en Antímamo y salir en la estación Bello Monte con ese aire acondicionado a millón.

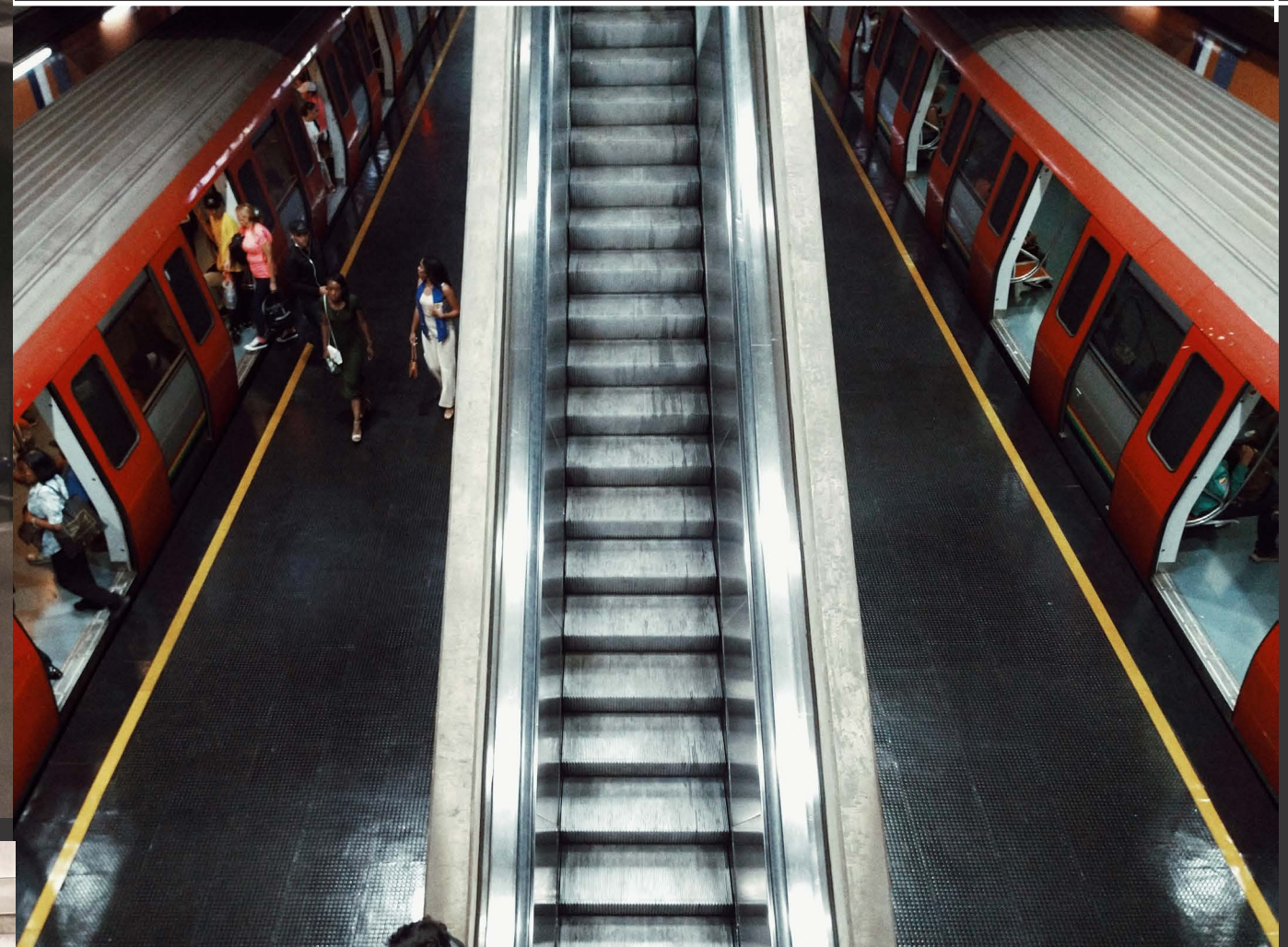
Ser un usuario regular del metro de Caracas debería considerarse un deporte de riesgo moderado a alto, donde se pone a prueba tu resistencia física y mental, estando totalmente expuesto a la decadencia de la sociedad caraqueña. Pasar calor, viajar parado y esperar más de media hora para que llegue un tren se convierten en cosas de cada día. Sin embargo, a medida que usas más el metro te acomodas a su forma de funcionar y terminas formando parte de esa gran masa de gente que, de una forma u otra, pasa por lo mismo que tú. Incluso comienza a ser una experiencia medianamente confortable y, a pesar de que sigues sintiendo un gran alivio cuando te toca sentarte en uno de los pocos trenes con aire acondicionado, de repente el calor de los vagones viejos deja de ser tan insoportable. Es en ese momento cuando te das cuenta que ya formas parte del gusano metálico y empiezas a observar la vida que ocurre ahí: gente que vive a pesar de las circunstancias y que les da igual si el metro funciona bien o no, con tal de que lleguen a su destino.

¿Por qué usas el metro? ¿Acaso estás vuelto loco? Eso me preguntan una y otra vez y, además del hecho de que es sumamente económico y yo soy bastante tacaño, no encuentro una respuesta concreta a esas preguntas. Tal vez quiero pretender que soy un ciudadano normal y que usar el metro es algo que la gente normal hace en un país normal, a pesar de que el propio metro me recuerda constantemente que yo nunca he vivido algo ni remotamente cercano a lo "normal". Puede ser que realmente esté completamente demente y el gusano metálico haya alterado mi percepción de la realidad, al final, una de mis máximas es "para sobrevivir a la locura hay que formar parte de ella", porque tú no sabes lo que es la locura hasta que te montas en un tren de línea uno en hora pico, donde tienes que ser apachurrado para entrar como una caja en un maletero lleno y de paso tienes que darle paso a los buhoneros que se pasean de una punta del tren a otra, convirtiéndolo en un gran mercado en miniatura.

Pero siempre hay algo inexplicable que me hace querer regresar al metro y creo que los que le temen o no lo han usado o no lo usan lo suficiente. Hay que tenerle respeto, por supuesto, después de todo sigue siendo un hervidero de locura y uno nunca sabe qué cosa descabellada puede llegar a pasar, pero en el metro también hay gente como tú o como yo que quiere seguir viviendo sin importar qué tan deteriorado está todo en el país. Hay que estar alerta, pero decir que en el metro roban y atracan a todo el mundo todo el tiempo es falso.







Tampoco es que todo esté perdido: he visto ciertas mejoras en el sistema desde que lo empecé a usar y creo que en algunas personas predomina aún la llamada "cultura metro", que tanto caracterizó a los caraqueños en épocas anteriores a la mía. Es solo cuestión de tiempo para que volvamos a ver un metro funcional, conveniente, cómodo y ordenado como siempre nos contaban nuestros padres, y yo quiero estar ahí cuando eso suceda.

Honestamente, creo que uso el metro porque cada viaje es una aventura. No es algo que sea necesariamente bueno, pero ¿En qué otro país ocurre este tipo de cosas? Si tuviera un carro, además de gastar mucho dinero en gasolina y repuestos, mi vida probablemente sería mucho más aburrida. No te invito a que dejes todo y uses el metro de forma exclusiva porque no es para todo el mundo, pero sí creo que, para la gente insana o muy aburrida, el metro podría ser ese lugar paradójico donde lo anormal se convierte en lo normal en un proceso que te hace abrir los ojos y, de alguna forma, te ayuda a salir de esa burbuja de comodidad y adentrarte en el día a día de miles de caraqueños que también quieren seguir adelante.





Marialejandra Díaz Vásquez

BRIDGERTON

una oportunidad de viajar a un pasado distinto sin cambiar la historia

Durante las últimas semanas —al igual que gran parte de la población femenina que consume Netflix— hice un maratón de la primera parte de la nueva temporada de *Bridgerton*. Sin embargo, para el momento en el que escribo este texto, aun no ha salido la continuación de la tercera entrega, por tanto, el presente artículo es, más bien, una reseña general de *Bridgerton* hasta ahora.

Soy fiel creyente de que las producciones que se hacen con el simple propósito de hacer felices a las personas son muy importantes. Por supuesto, hay mucho más detrás de estas series o películas; hay una planificación, guion, producción y demás. Pero lo que me parece pertinente celebrar es la cualidad de *Bridgerton* —y similares— de poder entregar una historia que, aunque no aborda temas complejos ni trascendentales, propone una manera de mirar atrás en la historia y disfrutar relatos ambientados en el pasado.

Lo que hace a *Bridgerton* notoriamente distinta de otras series o películas de época —para quienes no la han visto— es la diversidad racial de los personajes. La historia se sitúa en la época de la Regencia en Londres y los años posteriores a ella, pero vemos en pantalla a algunos personajes de la nobleza con tez oscura y a otros con rasgos indios. Esta fue una decisión de Shondaland, la productora de la serie. Ese detalle es llamativo porque *Bridgerton* es una “adaptación” de los libros de la escritora estadouni-

dense Julia Quinn, en los que no se observa realmente este carácter diverso y los personajes son más realistas para la época.

Ahora, digo que es una “adaptación” entre comillas por varias razones. La más notoria es el tema racial, pero también la historia ha sufrido varias modificaciones para llevarla a la pantalla. Sobre esto, Quinn ha comentado que más bien le agrada que sea así, que la serie sea diferente a los libros porque se complementan¹.

No obstante, lo que hace *Bridgerton* no es algo del todo innovador. Durante los últimos años, la inclusión ha sido un tema recurrente en las producciones audiovisuales en general. Hay casos llamativos como el de *La Sirenita*, con Halle Bailey, o la puesta en escena de *Romeo y Julieta*, de Tom Holland y Francesca Amewudah-Rivers, pero entonces ¿qué hace a *Bridgerton* distinto de estos ejemplos?

¹ Espinof, (2022) ‘Los Bridgerton’: qué opina la autora de los libros sobre la serie de Netflix y de los muchos cambios que hace <https://www.espinof.com/series-de-ficcion/bridgerton-que-opina-autora-libros-serie-netflix-muchos-cambios-que-hace>

A pesar de su popularidad, la serie ha sido criticada en varias ocasiones por no ser realista. De hecho, hace unos años, la escritora Philippa Gregory, quien también es conocida en el mundo de las novelas de época, acusó a Netflix de presentar una “historia daltónica”² y tergiversar hechos reales. Gregory expresó que la serie estaba creando una “impresión engañosa de armonía racial” en un Londres que aun era bastante racista y en el que todavía comercializaban esclavos negros. La cuestión es que, *Bridgerton* no es la serie adecuada para encontrar una fiel representación histórica.

La serie cuenta con varias tramas que se han desarrollado a lo largo de las tres temporadas y una precuela. En cada entrega, hay una pareja principal, pero también se desarrolla la historia de Lady Whistledown, una columnista secreta que publica sobre los chismes de la sociedad, y el ‘Diamante de la temporada’ quien es la señorita que la reina Charlotte escoge para presentar a los mejores prospectos de la nobleza y armar un *perfect match*. Con este resumen, ¿pareciera *Bridgerton*, entonces, una serie obligada a recordar el pasado de forma exacta?

La verdadera historia está en los libros, ha sido escrita mil veces y nadie puede cambiarla. Y, aunque esta es una de las series más famosas en la historia de Netflix, no es un producto para niños. Entonces, quizá no deberíamos preocuparnos de que puedan confundirse y pensar que había duques negros porque es de conocimiento general que no es así.

Bridgerton se caracteriza por ser una serie entretenida para público femenino, no un documental sobre la época de la Regencia. En este tipo de producciones, es necesario reflexionar sobre cuándo hay verdaderamente una “inclusión forzada” y cuándo, simplemente, estamos hablando de per-

sonajes ficticios que no tienen por qué ceñirse a nuestra propia historia.

Por otro lado, es cierto que, en ocasiones, esta diversidad pareciera, más bien, intentar pagar una deuda histórica, pero si así fuese, ¿qué tiene eso de malo? Reescribir un relato y cambiar un color de piel no va a borrar el pasado, pero puede ser un intento de reivindicación. No se pueden cambiar los hechos, pero sí ayudar a que generaciones futuras de personas de color se vean reflejadas en personajes heroicos e historias conmovedoras y no solo en esclavos o como parte de un grupo oprimido.

Hay miles de opciones si lo que deseamos es ver un relato realista, y no sólo por la raza, sino por la misma actuación de los personajes. Ese es otro detalle interesante de *Bridgerton*, nos deja pensando: ¿qué tan realistas son las mujeres emancipadas que vemos en la pantalla o los hombres perfectos y respetuosos que se enamoran de ellas por ser ellas mismas? Pero es que el enganche de la serie está justamente *allí*, en su cualidad de novela rosa que permite olvidarse por un rato de complejidades y disfrutar de una buena y apasionada historia de amor.

De igual forma, los medios responden a sus épocas, de allí las modificaciones que ha tenido la historia de los *Bridgerton* para ser adaptada a una serie de *streaming*. Esta modernización de los personajes es, obviamente, una estrategia para que el relato sea más llamativo y cercano a las costumbres de nuestros días. No obstante, sigue cumpliendo muy bien su propósito de hacernos cuestionar si lo más importante en la vida de una mujer es ser madre y esposa, si no hay más sueños ajenos al amor. Especialmente en esta última temporada en la que la protagonista tiene más aspiraciones que solo el matrimonio.

² El Debate, (2022) *Una historiadora acusa a 'Los bridgerton' de presentar nobles negros en una época en la que no existían* <https://www.eldebate.com/cine-tv-series/20220621/novelistas-philippa-gregory-acusa-bridgerton-presentar-historia-daltonica.html>



Anteriormente, pregunté: ¿qué hace a *Bridgerton* distinto de otros ejemplos de inclusión? Y lo cierto es que la respuesta puede variar de acuerdo a quien se le pregunte. Habrá quienes no estén de acuerdo con la nobleza de tez oscura aunque se trate de una serie de ficción, mientras que otros simplemente han escogido disfrutar de la trama. En lo personal, soy más del segundo grupo (porque me gusta creer que todos sabemos que en Londres de 1800 no había duques negros).

Bridgerton es una serie divertida y entretenida, pero es muy valioso que, al mismo tiempo, permita este tipo de debates. Además de ser conmovedora y emocionante por Daphne y Simon, Kate y Anthony, Charlotte y George o Penélope y Colin (las parejas hasta ahora), también puede ser reflexiva. Explora las complejidades de las historias de amor y de la sociedad de la época, siempre entendiendo que distintos tonos de piel en una pantalla no van a cambiar el pasado.

Hay cosas en el mundo real que son mucho más importantes que personajes ficticios de tez oscura. Como dije antes, si nuestra angustia es que tergiversen la historia, hay registros reales que la confirman. Por otro lado, si estamos hablando de ficción, entonces ¿por qué no escribir nuestras propias reglas?

Los finales felices y los universos perfectos donde los seres humanos convivimos en armonía sin importar nuestras diferencias —por más cliché y cursi que parezcan— son necesarios. Aunque sean un producto de la imaginación, estas historias tienen el potencial de influir en la realidad de manera significativa y positiva, permitiendo que todos podamos vernos reflejados y celebrados en la pantalla.

Así que disfrutemos más historias como *Bridgerton*. Vamos a dejarnos sorprender por el sentimiento reconfortante de ver mundos distintos al nuestro y, de paso, creemos unos cuantos duques, elfos, reinas y sirenas de cualquier color.

The BANSHEES Of INISHERIN

una reseña... honesta



En el año 2022, poco después de que las medidas contra la pandemia fueran disminuyendo en el país, me encontré con el listado de las películas, actores, directores, guionistas y demás artífices del mundo del cine que habían sido nominados a los Óscars. Personalmente (y hago aquí un pequeño inciso, ya que creo que es importante aclararlo), este aclamado premio que otorga la academia no es ningún filtro para mí, puesto que sé que la mayoría de las decisiones que toman se basan en cuál de ellas es la más políticamente adecuada para el momento, pero sí es, no hay forma de negarlo, un *brochure* o folleto que me permite conocer *films* destacados del año y hacerle seguimiento a escritores y directores que admiro.

Entre tantos títulos interesantes, hallé *The Banshees of Inisherin* (2022) o, en su traducción al español, *Los espíritus de la isla*, de Martin McDonagh en el cine más cercano a mi casa en Los Teques (ciudad cuyo único cine suele ofertar películas comerciales, pero que durante la temporada de premios ofrece algunas opciones diferentes por pocos días) y, además, en el idioma original: ¡era un escenario surrealista! En el afán por regresar al cine, olvidar las pantallas remotas y la familiaridad de nuestro apartamento, mi mamá y yo nos aventuramos sin saber mucho sobre la trama ni el director y salimos de la sala, dos horas después, sin palabras. Hace mucho tiempo que no tenía la sensación de que me encontraba viendo algo que se quedaría conmigo para toda la vida, que anun-

ciaría su significado cada vez que me preguntaran por una representación que me provocara emoción, que tendría en la punta de la lengua, en fin, por un buen rato.

The Banshees of Inisherin es una película irlandesa, algo así como una tragicomedia, con un elenco por completo irlandés (quizá de ahí provenga la calidez que emana), ambientado en una isla ficcional llamada “Inisherin” que queda, como podrán imaginar, en Irlanda. La historia parece sencilla, mas la sencillez engaña al espectador. Dos viejos amigos, Pádraic Súilleabháin (Colin Farrell) y Colm Sonny Larry Doherty (Brendan Gleeson), se distancian debido a que el último le confiesa que “lo aburre”, “ya no le agrada”. Quedamos tan desconcertados como el protagonista, la radical

honestidad de Colm es hiriente y Pádraic intenta, por todas las maneras, de conseguir que su antiguo compañero cambie de opinión, mientras busca comprender qué fue lo que generó el cambio en su relación. La realidad es que la rutina ha cansado a Colm de tal forma que no hay acto que pueda redireccionar sus pensamientos, pero Pádraic, un alma sencilla, no logra digerir la situación y se deprime intensamente. La única que escucha sus lamentos es su hermana Siobhan (Kerry Condon), quien ha reprimido sus talentos para hacerse cargo de un hogar que no tiene pilares, un hogar de huérfanos.

A medida que se desarrolla el problema central, cuya escala incrementa con alarmante intensidad, conocemos a personajes secundarios —pero no por



ello menos importantes— como Dominic (Barry Keoghan, en una de sus más brillantes interpretaciones), hijo autista del policía del pueblo (Gary Lydon) y a Mrs. McCormick (Sheila Flitton), una anciana vecina, cuya presencia no se puede determinar del todo, aparece y desaparece como uno de esos espíritus de los que los habitantes tanto cuchichean. Estos individuos orbitan alrededor de Pádraic y Colm y, a su vez, tejen historias paralelas que enriquecen lo visible, le añaden complejidad. Sus vidas nos hablan de una estructura social marcada y herida por la crisis, mientras que nos permiten tener un discurso ajeno a nuestra percepción sobre lo que observamos, nos recuerdan que los *extranjeros* en el espacio y tiempo de la narrativa es y seguirá siendo el público.

Lo primero que viene a mi mente es el verdor del pasto, la vaga sensación de suspenso propiciada por la música de Carter Burwell y el acento inconfundible, sin trabas ni impedimentos, de Colin Farrell, la cadencia de un sonido desconocido que aprendería a querer para el final de la película. La fotografía de *The Banshees of Inisherin* es preciosa, cada toma es similar a una pintura y también es el retrato de una sociedad que se mantiene hermética

ante los cambios, pero que, paradójicamente, no tiene sino la amplitud del horizonte. Esto habla, desde mi interpretación, de la imposibilidad de solucionar lo externo sin deshacerse de la carga emocional que cada uno alberga. Existe un evidente ambiente de tensión en Inisherin, no solo por la guerra que ocurre en el “continente”, sino porque los que están en la isla son absolutamente todo para el resto, es decir, al aislarse son conocedores de los aspectos más íntimos del otro: no hay nada que ocultar y eso es tan liberador (ya que no hay necesidad de aparentar) como espeluznante (eres vulnerable a la crítica).

La paleta de colores refleja los conflictos internos y permanece entre el verde, el gris y el color crema, con dejes de azul y destellos de rojo y amarillo en la ropa que usa Siobhan. El verde, usualmente relacionado a la esperanza, el crecimiento y la fertilidad, se muestra aquí como símbolo de enfermedad. Hay un mensaje entre la tranquilidad que deja ver la superficie, algo oscuro que no se manifiesta de manera aterradora, más bien en constante incomodidad, lo que, a veces, se torna en momentos de risa, como cuando Mrs. McCormick se le presenta a Siobhan de forma inesperada

en medio de su sala o detrás de un arbusto para decirle sobre las premoniciones que ha tenido sobre la gente en el pueblo. Los grises añaden al misterio y el dramatismo de la trama; la mayoría de la ropa que usan los personajes es gris, lo que delata monotonía, falta de originalidad y, de forma muy literal, carencia de elección. Por otro lado, los blancos manchados del pueblo, las casas y las nubes, reflejan inocencia, calidez y posibilidades infinitas; estas se unen al azul que porta Colm y algunos personajes masculinos, azul intenso este, lejos de cualquier expresión de infancia, que demuestra madurez y libertad.

Siobhan es un caso aparte y a ella, tal vez, deba dedicarle más que las páginas que presento. Sin embargo, para no extenderme demasiado, me remito a lo que significan estos colores y cómo determinan el devenir del personaje desde el comienzo. Siobhan es la única persona en la isla que posee cierta iniciativa y criterio; más allá de la inteligencia, su asertividad reside en la capacidad de disertación que tiene sobre su entorno. Su vestimenta, marcada por los rojos, naranjas y amarillos, es el reflejo de un espíritu rebelde y amoroso: ella es el fuego que mantiene el hogar y los demás se extrañan por la individualidad que expresa.

El guión es poético, inteligente, elocuente, lleno de referencias mitológicas de la cultura irlandesa y el curso es rápido, tan rápido que es difícil mantener el ritmo de las conversaciones, pero todo esto lo sopesa la calidad del argumento y el humor con el que cada uno de los personajes enfrenta las situaciones que son arrojadas a ellos. El aspecto humorístico del guión es el que permite que la densidad de lo que se narra sea digerible, que el velo de tristeza y nostalgia se levante por un instante y confiemos en que todavía hay esperanza detrás de la tragedia. La honestidad de la historia yace en la delicada construcción de estos elementos narrativos. Convierte lo ficticio en real.

Siempre es un placer encontrarte con piezas como estas, películas que, inevitablemente, te invitan a la reflexión. Como había mencionado al inicio, esta es la primera vez que veo el trabajo de Martin McDonagh, pero estoy segura de que no será la última y que intentaré acercarme a su filmografía después de *The Banshees of Inisherin*. A todo aquel a quien le llame la atención esta forma de narrar, aprecie la buena fotografía o, en cambio, se sienta atraído por el sincretismo de la cultura celta, les invito a verla. Vale cada segundo.



